



**AMBIGÜEDAD Y COSMOPOLITISMO COMO MODELO
CULTURAL (REFLEXIONES SOBRE EL CONTACTO
LITERARIO CANARIAS-HISPANOAMERICANA)**

ALICIA LLARENA GONZÁLEZ

Las relaciones que la Historia, de modo inevitable y afortunado, ha establecido entre el continente americano y el archipiélago canario, cumplen un papel fundamental en la caracterización de la cultura insular, es decir, en sus modos de aprehender y reafirmarse sobre la realidad.

Más allá de los enlaces «físicos», más allá del comercio de ida y vuelta, del intercambio colonial más inmediato y señero, las relaciones de esas regiones culturales se nutrían de un carácter subjetivo, «imaginario», propio de la idiosincracia de quienes han compartido una gestación paulatina, lenta, y sobre todo fragmentaria, de su definitiva identidad.

El análisis de la evolución literaria de Canarias e Hispanoamérica se convierte, así, en una fuente profunda de información, y en un elenco de razones para atisbar ciertos modelos que son comunes, y no sólo porque pertenecieran a un pasado histórico paralelo, casi semejante, ni porque el azar urdiera en torno de ellas ciertos vasos comunicantes cuyas consecuencias mediríamos temprano, sino porque esos modelos culturales, esas coordenadas intelectuales que adquiriríamos casi sin preverlo, se han convertido a la postre en una máquina de vocación mestiza cuyos frutos nos interesa valorar.

No por casualidad se nos encuentra inaugurando la Historia de las letras hispanoamericanas, a bordo del *Diario* de Colón, en unos breves apuntes que quizá resulten, hoy, premonitorios: al arribar a la primera isla americana, dos meses después de abandonar este archipiélago, descubre en los hombres del Nuevo Mundo que «ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos» (Jueves, 11 de Octubre)¹, que aquella extraña gente no era comparable a cuantas otras generaciones había conocido, salvo que eran, repite otra vez,

«de la color de los canarios» hecho que sorprende al Almirante: «ni se debe esperar otra cosa, pues está Lesteoueste con la isla del Hierro, en Canarias, so una línea» (Sábado, 13 de Octubre).

Aún más adelante, y alejando según sus previsiones «mil y ciento y cuarenta y dos leguas» de la isla de El Hierro (Viernes, 2 de Noviembre) toma de nuevo a las nativas de este archipiélago como punto de referencia sobre el que presentar a la Corona un fácil acceso a su descubrimiento: «Verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que le cobija su natura y no más, y son ellas de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que Canarias» (Martes, 6 de Noviembre). Estas mil ciento cuarenta y dos leguas que separaban a Colón del reino conocido certifican por sí mismas nuestra primera semejanza y, por ende, el primer signo común. Nada más parecido a los indígenas de América que esos últimos hombres anteriores al gran océano. Nada más cercano e imprescindible a nuestro Almirante que ese feliz recodo isleño para explicar, y hacer reconocible, imaginable, las novedades de su iniciático trayecto.

Esas breves reseñas del color de los canarios que encontramos en Colón no serían tan eficaces, ni tan válidas en nuestra interpretación del contacto cultural establecido, si no fuera por esa ausencia de extrañeza, por esa aseveración colombina cuya lógica llegaría a convertirse, a través de los siglos, en una aplastante realidad. La primera semejanza entre Canarias e Hispanoamérica era razonable, hasta cierto punto previsible y evidente, tan sólo porque el mundo descubierto se hallaba en la misma línea cartográfica que nos unía, inseparablemente, a sus destinos. Esa misma línea, trazo de ida y vuelta sobre un fondo de papel, que nos unía de forma imaginaria, e invisible, al continente americano, explicará en adelante la gestación de un modelo cultural muy próximo, si no del todo semejante.

Durante el período colonial, la producción literaria de las islas y el continente americano se hallaba indisolublemente unida al desarrollo cultural de la Vieja España, de tal modo que la reiteración de su modelo, la repetición y el calco de sus estructuras literarias se constituyen en el primer campo de pruebas de las nuevas colonias. Los escritores insulares y americanos permanecían unidos, pues, por un mismo patrón común que en casi nada distaba entonces de la metrópoli. Así, el recuerdo de esos largos años de dependencia cultural depara una semejanza histórica, recurrente, entre las Islas Canarias y el Nuevo Mundo, sujetas a un dominio cultural que, para más eficacia o influencia, gozaba en esos años de sus Siglos de Oro. Sin embargo, esa pieza de unión que engarzaba las literaturas de las



nuevas colonias españolas, no era más que el destello de una condición más profunda, no era más que el destello de una condición más profunda, de una concomitancia o relación más estrecha entre las zonas culturales que nos ocupan: el hecho de ser regiones «periféricas», en cierto modo «aisladas» y distantes de su centro, imprimiría en sus literaturas un sello particular, donde la dependencia y la contestación van alternándose en la búsqueda de otros modelos culturales.

Ya a finales del Siglo XVI, bajo la influencia italianizante, la Epica se convierte en la Nueva España en una válvula de escape hacia la propia identidad. Si es cierto que la Conquista americana y sus enormes gestas impulsan el género en la Literatura Española, no es menos cierto que en él empiezan a asomar los primeros momentos de una conciencia distante, distinta, en las «periferias» del Reino. No es de extrañar, por ello, que el poema de Alonso de Ercilla, español a quien toca en suerte participar en la conquista de la Araucania, se adecúe tan bien al momento de «isleñismo»² que puede leerse en uno de nuestros paralelos poetas épicos: siguiendo las huellas del español escribe Viana las *Antigüedades de las Islas Afortunadas* (compuesto aproximadamente entre 1595-1599), huellas profundas que traen consigo la constatación de un paisaje propio, americano o insular, la exaltación del indígena frente al invasor y, sobre todo, ciertos signos, símbolos o mitos que en adelante se sentirán como esencia y particularidad, y a través de los cuales las literaturas isleña y americana expresarán su individualidad. Andrés Sánchez Robayna, apoyándose en una afortunada expresión de María Rosa Alonso, descubre en la princesa Dácil uno de esos mitos recurrentes que el poema de Viana inaugura: ella es la isla, o en palabras de M.R. Alonso «*es toda isla*», y esa capacidad representativa, esa apropiación de la identidad insular, se instala de tal modo en nuestras letras que llegará incluso, con la escuela neo-vianista del S. XIX, a convertirse en un mito (o símbolo) instrumentalizado, «tecnificado»³.

Del mismo modo, los habitantes del poema de Ercilla viven literariamente una existencia indigenista, americana, hasta el punto de que en un análisis de la identidad del Nuevo Mundo remitirse a *La Araucana* (1569-1589) es tan necesario, tan imprescindible, como volver a los textos de Bernal. En ambos casos un modelo cultural común, italianizante en primer grado y español en segunda instancia, se torna movedido y propio para adecuarse a las colonias españolas, sentando así las bases de una conciencia «periférica», esto es, nacional.



Por los mismos años, igual que antes lo fuera un español parcialmente «americanizado» en el caso de *La Araucana*, es ahora el canario Silvestre de Balboa quien, con su *Espejo de Paciencia* (1608), inaugura la historia de las letras cubanas.

De él hay que partir, irremediablemente, para el estudio literario de su país, no sólo en un sentido cronológico, sino más bien porque en él existen ya elementos peculiares del indigenismo cubano, y un distanciamiento ideológico en el uso de su esquema épico. Silvestre de Balboa, como antes Ercilla o Viana, contestan a la percepción de un esquema métrico importado, «mitificando» en él su propia historia, la idiosincracia particular. Pero es quizá en Silvestre de Balboa donde mejor se comprueba ese principio natural que orienta a la periferia contra su centro, pues a pesar de que el *Espejo de Paciencia* no es el más afortunado desde un punto de vista estrictamente literario, sí es, por el contrario, el que se aleja más del modelo cultural asumido: ya en este caso los moldes y clichés europeos, italianos, españoles o latinos, permanecen borrosos, apartados. Así pues, la contribución épica de estos autores a la historia literaria de la Vieja España, se sostenía fundamentalmente en una apariencia formal que contenía en su fondo la aspiración de toda colonia o periferia: recuperar, o mejor aún, *definir*, su identidad.

Es en esa larga aspiración, precisamente, donde los contactos literarios entre las islas e Hispanoamérica han echado raíces y encontrado un lugar común. Lugar fortalecido, espacio de identidad, donde la ambivalencia, la mímesis o el rechazo, la ambigüedad constante entre lo extraño y lo propio, han logrado cristalizar como carácter; solidificar su movedizo terreno en una rica e indefinida posibilidad. Tras los primeros instintos en mostrarse ajenos, quizá únicos, irrepitibles, en los poemas épicos de Ercilla, Balboa o Viana, y hasta bien entrada la época romántica en que sobrevuelan de nuevo los deseos de individualidad, las Islas conocen, como América, como Europa, una corriente de pensamiento universal, cosmopolita, que marca en ellos, al tiempo que un nuevo y más amplio mestizaje, un profundo sustrato de claridad nacional. Con el Siglo de las Luces, y nunca mejor hallada la expresión, la valoración del hombre indígena, el *buen salvaje* de Rousseau, el conocimiento científico y la disquisición filosófica, los viajes y su contacto, sobre todo directo, con «lo otro», propician en la literatura de las Islas una de sus épocas felices. Por vez primera un grupo de escritores insulares, coloniales, conquistan un lugar preminente en la Literatura de la Vieja España, por vez primera las voces de la «periferia» logran ser «centrales» en



el desarrollo del Neoclasicismo español. Así como antes el archipiélago dependiera del gesto literario de la metrópoli, es ella quien necesita ahora del concurso de un Viera o de un Iriarte, solicitando y recibiendo un impulso cultural abundante entonces en la dinámica «periferia». La adquisición directa, en muchos casos personal, del pensamiento que encerraba la literatura neoclásica europea, el contacto y el diálogo entre sus hombres destacados, origina de inmediato una respuesta sin precedentes en la literatura insular. Es éste el primer momento de iluminación literaria que no procede exactamente, solamente, de la voz centralizante de Castilla, y en el cual comprobamos hasta qué punto la diversidad cultural, el mestizaje, lo foráneo, genera en las islas una impronta de auténtica suficiencia intelectual.

América, por su parte, obtenía del Siglo de las Luces una iluminación tal vez mayor, de consecuencias ideológicas tan importantes como míticas: es a finales del siglo XVIII cuando la cada vez más aguda crisis social latinoamericana prepara el camino a las *Silvas Americanas* (1823) de un Andrés Bello, «padre de la nueva América» o a los discursos encendidos de un Bolívar, cuyo romanticismo vital inaugura también el literario, arrastrando con ambos la total Independencia. En América, además, si bien ausente el resultado de una eclosión literaria de envergadura, como la insular, el Iluminismo recibido de un conocimiento múltiple, cosmopolita, de «los otros», en ese forcejeo a modo de espejo refractario que devuelve de lo distinto la unidad, se convierte en la base científica que reclamará derechos de «igualdad», «libertad», y una más que difícil «fraternidad». Asomarse sin mediación a otros modelos significó, en un caso, el germen de una generación sin precedentes, y con largas consecuencias en el desarrollo literario de las islas; en el otro extremo del océano, los primeros eslabones de un episodio histórico sin retorno que confirmaría, pronto, su identidad.

Recién salidas de las guerras de Independencia, en medio de la inspiración romántica, las naciones americanas se aprestan a recuperar sus patrimonios, como el ancho desierto argentino que en «La Cautiva» (*Rimas*, 1837) expone Echevarría, como el grito charrúa que Zorrilla de San Martín instala en *Tabaré* (1888), alcanzando una mitificación semejante a la del gaucho en Argentina. Asimismo Sarmiento inaugura en la explosión romántica una discusión que vive también en nuestras letras: la apuesta por la civilización o la barbarie es un largo estigma que para María Rosa Alonso constituye, antes que el mismo fenómeno cosmopolita, una constante de las letras canarias e hispanoamericanas. El rescate del paisaje o el tema de la



selva, el canto al indígena común, o la literaturización del episodio histórico, son otras notas que acompañan su definición de la especificidad de estas literaturas a lo largo de su paralelo desarrollo⁴. El siglo XIX, efectivamente, acrecienta en ambos casos un empeño localista que culmina en las islas con la constitución de una Escuela Regional, donde Estévez protagoniza una poesía más independiente, inmersa en la historia y la geografía del archipiélago, fundamentando, como advertíamos al recordar la Epica de Viana, un segundo y más profundo momento de «isleñismo» frente a lo Peninsular.

Siglo rico en matices y útil en sus indagaciones sociológicas, complementa ese primer y romántico momento de impronta nacional con el costumbrismo casi fotográfico, y sobre todo testimonial, del Ricardo Palma de *Tradiciones peruanas* (1872-1883), o el indianismo americanista de un Jorge Isaacs. Poco después, la imagen carismática de la *Comédie Humaine*, y el centelleo literario de la Francia de Balzac, conviven sin problemas junto al magisterio de Galdós, asumido por buena parte de los narradores hispanoamericanos. Uno de sus más fieles discípulos, el argentino Carlos María Ocantos, es el autor del *Don Perfecto* (1902) hispanoamericano, novela paralela a la del personaje galdosiano y español. Toda esta indagación, este reconocimiento de la realidad, ya sea insular o americana, supondrá luego el inmediato despegue, el escorzo idealista, que abastece la literatura inaugural del Modernismo hispánico. La experiencia acumulada tras varios siglos de tradición española, la marginalidad que se asume junto a la condición de «periferia», y sobre todo la revisión de un pasado literario que encontró grandes frutos en sus momentos de mayor permeabilidad o apertura, y en el alejamiento de un modelo único y metropolitano, alimentaron un final de siglo de curiosa avidez intelectual, interesado en acometer otras pautas que contestaran al patrón español.

Estas literaturas, la americana y la insular, que oscilaban en ocasiones entre la dependencia y la —aun siendo sutil o breve— contestación, como habíamos advertido, encuentra todo un canal para expresar la rebeldía ante lo impuesto, para modelar a su antojo el reestreno de su nueva identidad, en un seguimiento cosmopolita, y ecléctico, de lejanas fronteras europeas. El abandono y alejamiento de la Literatura Española era, en el crepúsculo del siglo XIX, una suerte de respuesta al cansancio acumulado y, para más aclaración, a la incapacidad de tales letras para explicar su enorme realidad. El Modernismo, desde cualquier punto de vista, fortalecía su hallazgo en esa sincrética y afortunada recepción de lo exterior.



Sin lugar a dudas, va a ser en las conquistas del último siglo donde fructifica con todas sus consecuencias la herencia de su sentimiento periférico, marginal o molesto en un principio, pero cuya riqueza intelectual acaba generando una literatura convincente, adecuada y, por si fuera poco, también nueva. Es como si, en palabras de Jorge Rodríguez Padrón, se asumiera entonces «*la marginalidad como inauguración imaginativa*»⁵, la pluralidad sin traumas. Advertimos, eso sí, que el deseo de ruptura ha sido en este siglo más que una excepción, una constante, la verdadera «tradición» contemporánea, en palabras de Octavio Paz⁶, asegurando de este modo una continuidad gratuita, inesperada, al primer hallazgo modernista.

Detengámonos, sobre todo, en tres momentos de condensación imaginaria donde el mestizaje, el cosmopolitismo, la permeabilidad, en fin, ecléctica y vocacional de la literatura hispanoamericana, ha arrastrado consigo, en varias ocasiones, como campo magnético ideal, a la literatura del territorio insular. Modernismo, vanguardia y la «nueva novela» latinoamericana, trazan una línea de creciente independencia en el entorno de la literatura americana, hasta el punto de convertirse, por sí misma, en un centro de resonancias con alcance universal.

La generación de autores que acompañan a Rubén en la solidificación del Modernismo entienden ahora la validez de la ambigüedad como apoyo al experimento, el aprovechamiento del cosmopolitismo como trayecto imaginario, la adecuación del sincretismo literario a la no menos híbrida y mestiza constitución de su carácter nacional. Su modelo, será, a partir de ahora, la novedad, aunque se llame Withman, Alan Poe, Bécquer o Verlaine. En esa actualidad de la poesía moderna encontraron los poetas hispanoamericanos su madurez cultural, del mismo modo que la literatura de las islas encuentra, más allá de la eclosión neoclásica, una poesía de verdadera talla universal, bajo los nombres de Quesada, Morales o Saulo Torón. El Modernismo, de raíz hispanoamericana, se adecúa a la literatura isleña de una forma tan natural, tan espontánea y fácil, que se dirían vigentes las palabras primeras de Colón. Seguir los caminos de Rubén, y las nuevas palpitaciones que a través suyo llegaban desde Francia, fue para nuestros autores una tarea sencilla, que no necesitaba del esfuerzo, y cuya densidad final sintieron cerca Juan Ramón como Salinas. Participar del Modernismo, del conjunto de matices que componen el crisol modernista, insufló a la historia literaria de las islas un nuevo sello, más vivo y prometedor, como afirma de un contacto consecuente con los latidos del Nuevo Mundo. Tiene



razón Armas Ayala al afirmar que desde el modernismo canario, hasta la generación del 27, no se explica nuestra obra literaria sin el concurso de las corrientes que, llegadas desde América, echan raíces aquí rápidamente⁷. Raíces no sólo más rápidas, sino, añadiríamos, más profundas, tal vez más necesarias, que las que aceptó el modernismo de sello peninsular. No en vano la presencia cercana de los ingleses, la intimidad genética de la condición insular, las luces «neblinosas» del Puerto de Las Palmas, y el misterio de una urbe rendida a la quieta infinitud del mar, se avienen perfectamente al carácter híbrido, ya sea cosmopolita o ensimismado, de la escritura de fin de siglo.

Por su parte, las vanguardias literarias, como conjunto de fenómenos que cierra, desde Rimbaud, la búsqueda de una expresión lírica adecuada a lo moderno, el armazón de la autosuficiencia artística, y sobre todo la captación de lo inasible o imaginado, constituye, en nuestras islas, otro magnífico momento de expansión imaginaria, de acierto en la elección, y en el manejo, de esas nuevas señales culturales de uso e intercambio universal. Ocioso es reincidir en el *Crimen* (1934) de Espinosa, en la apropiación surrealista de un García Cabrera, o en la obra de cualquier otro vanguardista insular sin reconocer, de nuevo, la capacidad de la literatura isleña para adherirse, sin dificultades, a aquellos movimientos o escuelas literarias cuyo mensaje ejemplar haya sido, precisamente, la experimentación y la diversidad: en otras palabras, si se prefiere, cuyo mensaje sea el salto, en definitiva, sobre cualquier barrera o puerta fronteriza. El deslumbramiento de la literatura insular provenía, una vez más, de la contemplación admirativa hacia lo ajeno, de la adopción de lo lejano y la participación, lúdica, en lo extraño. Como si el *Enigma del invitado* (Emeterio Gutiérrez Albelo, 1936), más allá del nombre de un texto surrealista, hubiera derramado su misterio sobre las islas: no en vano, los secretos de esa «otredad» que ha sido tantas veces convidada, hospedada en nuestras letras nos ayuda, sin paradojas, a desentrañar nuestro carácter, a explorar una geografía en sí misma imaginaria, a exteriorizar, en fin, nuestra creativa y mestiza condición.

La literatura latinoamericana actual, debe también su madurez literaria, y la asombrosa cristalización de su nueva y casi definitiva identidad, a ese ejercicio previo que constituyen el Modernismo y las vanguardias. Así, el establecimiento de un espacio caribeño original, autóctono, en Alejo Carpentier, no sería legible sin su aprovisionamiento anterior en las filas del Surrealismo, del mismo modo que la recuperación del mundo maya en las novelas de un Asturias



no habría sido llevada a cabo sin los oportunos conocimientos de antropología, adquiridos en París. Aquella naturaleza lúdica que habían testimoniado los Cronistas, encontró en los postulados bretonianos la puerta de entrada a un paraíso también verbal, el orificio a través del cual iban a adecuarse, pronto, la realidad y la lengua: Ninguna novela latinoamericana posterior a los años 40 se hubiera escrito, en fin, sin la aportación novedosa de la literatura europea, sin las múltiples rupturas que jalonan el desarrollo literario de este siglo.

Cosmopolitismo, pues, experimento y construcción imaginaria de la realidad, llevan paulatinamente a Hispanoamérica a la formación de una escritura, una expresión, particulares, al reconocimiento de la propia idiosincrasia a través de un diálogo permanente con la escritura universal. De la aparente y primeriza indefinición, a la construcción mestiza de un carácter; de la en ocasiones agotadora ambigüedad, a la dulce sumisión del hibridismo, de la inadecuación original de lo extranjero a su conversación en materia nacional. Tal es la advertencia principal que Hispanoamérica conjuga en su relación con las otras literaturas del planeta.

Estas pautas de comportamiento histórico que los siglos han venido diseñando en torno a las, en otros tiempos, literaturas coloniales de España, hacen posible, también hoy, hasta fechas no muy lejanas, y salvando, eso sí, numerosos matices que en breve observamos, que el trazado evolutivo de las literaturas en cuestión permanezcan paralelos, semejantes, sobre esa línea colombina que recordamos al principio. De ahí también que nuestras conclusiones sobre la relación literaria de Hispanoamérica y Canarias, acentúen, sobre todo, el carácter subjetivo, imaginario, de quienes han cimentado su identidad en lo fragmentario y lo diverso.

Esa «*máquina de vocación mestiza*» con que habíamos definido la coordenada intelectual de la literatura isleña e hispanoamericana, en los inicios de esta reflexión, es, fundamentalmente, el nexo literario más profundo que unificara, de algún modo, el criterio o modelo cultural de ambos lados. Por ello lo incluye nuestro crítico, Jorge Rodríguez Padrón, como uno de los vértices que sostienen la que llama, con razón, «*escritura atlántica*»⁸. Ciertamente es, claro está, que la Independencia americana provee a los países del continente de una fuerza centrípeta que los acerca a sí mismos, que los impulsa a reencontrarse, y cuyas consecuencias políticas marcan, sin paliativos, la diferencia esencial con respecto a Canarias: hablamos de islas frente a países, de archipiélago frente a continente, y de «residuo colonial» frente a naciones liberadas y autónomas.





Salvando, sin embargo, esas distancias, quizá aún enormes para el escritor insular, nuestra literatura debe haber visto, en el ejemplo de la hispanoamericana, un camino ideal para la resolución feliz de su escritura, modelo ecléctico y arriesgado en su experiencia sobre el texto, cánón de incertidumbre que halla su equilibrio en lo dispar. De ahí que las palabras de Manuel Padorno, en la recepción del último Premio Canarias, hayan subrayado, sobre todo, las venturas y probabilidades de lo que él ha llamado «*la indefinición*» (más que histórica, genética), de nuestro modo de responder ante la realidad. Una indefinición positiva, esclarecedora, casi siempre proverbial.

Esa «indefinición», esa «ambigüedad» constitutiva de la sociedad y la cultura isleña, ha sido abonada en este último siglo, y aún en las últimas décadas, por el espejismo literario hispanoamericano: la maduración del género novelesco entre nuestros escritores, y la preponderancia que ha adquirido frente a los otros, se corresponden con esos todavía recientes descubrimientos que nuestros narradores, sin mediación, agradecían a la escritura hispanoamericana; El autor de *Los Puercos de Circe*, en unas palabras a modo de parámetro de su generación, confiesa haber desandado el camino de la saturada novela de posguerra española «*a través de intermediarios: descubrir a Flaubert gracias a Vargas Llosa: a Sterne, gracias a Joyce; a Cervantes, gracias a Borges*»⁹. Asimismo la escritura de uno de nuestros más originales narradores, Víctor Ramírez, se confiesa deudora de las canciones mexicanas, hasta el punto de que las letras de José Alfredo Jiménez centellean de cuando en cuando entre sus páginas, en recuerdo, tal vez, de su asumido magisterio¹⁰. En cualquier caso, ambas confesiones no son más que un índice minúsculo de la apreciación isleña hacia una literatura realmente cercana. Armas Ayala justifica la influencia americana de las dos últimas décadas recordando su afluencia a dos zonas concretas del territorio español: Cataluña, quien la acoge por pura sensibilidad editorial, y Canarias, quien la asume con naturalidad, consanguineidad y ausencia de forcejeo¹¹. En esa inundación de «maconditos» (término que emplea, no sin cierta ironía, Fernando Ainsa)¹² que sobrevendrá, para entendernos, a la narrativa latinoamericana de un García Márquez, las islas son, precisamente, uno de sus más ricos campos de cultivo.

La historia, lejana o reciente, de estas dos escrituras «atlánticas», tiene en sus fondos numerosos ejemplos de un contacto que ha sido, sobre todo, beneficioso y, antes que nada, natural. Bien vale la pena, entonces, resumir con brevedad aquellos síntomas, condiciones o fenómenos que han trazado, con sinuosa



y en ocasiones imperceptible orquestación, los designios literarios de Canarias e Hispanoamérica.

De modo general, reconocemos de inmediato esos «*resabios de similitud situacional*»¹³ heredados del pasado colonial: ciertamente, el impulso reconocerse en medio de la total influencia española, afirma en Hispanoamérica el deseo de concentrarse en un perfil de identidad, que encuentra en este siglo su verdadero signo. Nuestras islas, que encuentra en este siglo su verdadero signo. Nuestras islas, por su parte, heredan, sin embargo, de un modo simultáneo, un sesgo americano que superpone fácilmente al español.

La condición de «periferia», por otro lado, que impone toda situación social imperativa en los extremos del Reino, acentúan la búsqueda de un mecenazgo plural a través del cual difuminar, o enriquecer, la sola perspectiva colonial. Por ello Hispanoamérica y Canarias permanecen alertas a cualquier novedad, y acrecientan su mirada más allá de una sola dirección. En cierto modo, aspirar a lo «extranjero», también es una forma de contestar a la firmeza, o la monotonía, de lo «centralizador».

Es cierto, además, que la formación de la sociedad insular y latinoamericana, se fundamenta sobre una síntesis continua de culturas, un trasvase intelectual de ida y vuelta, que sólo se halla en paz con todo impulso literario a su vez mestizo. Como anota con toda serie de razones J. Rodríguez Padrón, las islas han sido siempre receptivas en aquellos momentos del pasado histórico abocados a un cambio fundamental del pensamiento, a una ruptura inevitable (neoclasicismo, modernismo, vanguardia)¹⁴. Pero más allá de esa línea fronteriza que señala, sumaríamos, sobre todo, que han sido receptivas, creativas y portadoras a su vez, en aquellos momentos literarios donde la invención, lo imaginario, lo novedoso o tecnificado, hayan permitido explicar, ahondar, en la aparente realidad de lo insular.

Ese mestizaje sociológico, que engloba gran parte de la problemática en América y las islas, es el responsable de ese aire de «indefinición», «ambigüedad», o trauma que, sin embargo el cosmopolitanismo ha logrado equilibrar. A través del contacto con «los otros» hemos ido descubriendo el arcano sutil de la unidad. Al contemplarse América Latina por vez primera en las modernas letras europeas, y generar como respuesta propia el Modernismo de Rubén, la conversión del sincretismo en una amplia ventana cultural dejaba tras de sí aquella discusión, traumática, sobre una sola, única e irrepetible identidad. Ambigüedad, por tanto, que ya es alumbradora, y mestizaje cosmopolita en el que abandonar, por instantes, el ensimismamiento

de la isla y, al otro lado del océano, la pegadiza sensación de lejanía o soledad.

Este modelo cultural, cuyas bases se construyen en lo distinto, cuyas raíces se agarran a lo plural, no sólo es el modo en que la «antigua periferia» exterioriza con autenticidad su crecimiento imaginario, su densidad estética, su particularidad; sino también la forma en que nuestro siglo ha resuelto con firmeza eliminar fronteras, derribar murallas, y alimentar con constancia, casi profética, la necesaria cooperación universal.

Notas

1. Todas las citas textuales del Diario de Colón pertenecen a la edición *Textos y documentos completos*, Madrid, 1982.
2. Remedamos aquí la expresión que utilizan autores como J. Artilles e I. Quintana en su *Historia de la Literatura Canaria*, Las Palmas, 1978.
3. Andrés Sánchez Robayna se expresa en estos términos en la «Introducción» a *Museo Atlántico*. Ed. Interinsular Canaria, Sta. Cruz de Tenerife, 1983.
4. Entrevista publicada en *El Urogallo*, Diciembre, 1988-Enero 1989, pp. 83-84.
5. En «Vértices de una escritura atlántica», *El Urogallo*, núm. cit., p. 16.
6. A demostrarlo, precisamente, ha dedicado su esfuerzo crítico en su decisivo *Los hijos del limo*, Seix-Barral, Barcelona, 1987.
7. Palabras de una Entrevista concedida a *El Urogallo*, núm. cit., p. 83.
8. En *art. cit.*,...
9. Luis Alemany en *El Urogallo*, núm. cit., p. 40.
10. *El Urogallo*, núm. cit., p. 45.
11. *Idem.*, pág. 83.
12. En *Identidad Cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Gredos, Madrid, 1986.
13. Yolanda Arencibia en *El Urogallo*, núm. cit., p. 85.
14. *Art. cit.*, p. 15.

